





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, empresas, nombres o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Black Mamba*

© 2022, William Friend

© 2026, de la traducción por Pepa Devesa Seva

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-54-0

DL: B 1.893-2026

Composición:  
Grupo Ormo

Diseño de interiores:  
David Pablo

Impreso en abril de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

William Friend

# Déjalo entrar

Traducción de Pepa Devesa Seva



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026

*Para mis padres*

# CAPÍTULO 1

## Alfie

Esta mañana he oído el nombre Black Mamba por primera vez, y me ha hecho recordar ciertos sueños. No sueños míos, sino sueños que tuvieron mis hijas. Visiones que les astillaron el sueño.

Todo empezó nueve meses después del accidente. Todas las noches, durante la hora del diablo, me despertaba y me encontraba a las mellizas inmóviles al pie de mi cama, con los rostros velados por la oscuridad.

«Papá, hay un hombre en nuestra habitación».

Aquellas palabras se hicieron familiares, como un estribillo coral, y eran capaces de espabilarme el cuerpo mientras mi mente, o su mejor parte, permanecía dormida. Me removía bajo las sábanas almidonadas y frías, aplastaba la nariz contra la almohada y suspiraba.

«No, no lo hay», decía. Pero el brazo, medio muerto de sueño, levantaba el edredón igualmente para que las niñas pudieran subirse y acurrucarse en la suave concavidad en la cual su madre solía dormir.

Naturalmente, la primera noche fue diferente. La primera noche, la mera presencia de las mellizas al lado de mi cama, repentina e inesperada, fue como si me hubieran puesto una inyección de adrenalina.

—Papá, hay un hombre en nuestra habitación.

La frase hizo que me enderezase de golpe, como si una soga tirase de mí, dejando el suelo muy por debajo de mis pies.

—¿Un hombre? —dije.

—Un hombre.

Y las chicas estaban tan quietas, y sus voces tan apagadas y monótonas y muertas, que apenas si podía respirar; pero, de

algún modo, reuní las fuerzas para salir de puntillas de mi habitación para dirigirme a la de ellas.

—Quedaos aquí—susurré, pero ellas no dejaban que me fuera, así que bajamos juntos de mala gana por la escalera, sus manos diminutas aferradas a las mías mientras escuchábamos. Y el silencio, la quietud pura y sólida de la noche, fue lo único que empezó, al fin, a calmarme. La sangre regresó a mi rostro y cuello, y me empecé a sentir de nuevo como un adulto. Como un padre.

—¿Estáis seguras de que no estabais soñando?

—No era un sueño. Era real. Estaba allí.

Entramos en la habitación de las chicas y el chasquido de la luz eléctrica lo iluminó todo al instante, sin desvelar nada ni a nadie. Abrí las puertas del armario de par en par; levanté el edredón, con sus garabatos color azul tiza, para buscar bajo la cama. Una moqueta sin aspirar y juguetes tirados; nadie escondido.

—¿Qué pinta tenía?

—Era... esto... —Sus voces temblaron, como si volvieran en ellas y buscaran las palabras—. Estaba oscuro. No lo veíamos.

Un tramo de escaleras, en la planta baja, inundaba las habitaciones de luz reconfortante. Revisamos ventanas, puertas y cerraduras. No había nada abierto, nada destrozado. Desconcertadas, las chicas se miraron, en parte en busca de apoyo, en parte con sospecha. Volvimos sobre nuestros pasos.

—¿Dónde lo visteis? —pregunté—. Mostrádmelo.

Y así, sin más, toda la sincronía entre sus palabras y movimientos se desmoronó.

—Estaba ahí afuera —dijo Sylvie, indicando vagamente con el dedo el rellano—. Lo vimos a través de la puerta.

Pero Cassia sacudió la cabeza y gritó:

—¡No, no, entró en nuestra habitación!

—Pero la puerta estaba cerrada.

—Exacto.

De repente, ambas parecían muy cansadas. Acaricié y besé sus cabecitas. Los mechones de pelo rubio electrizado brillaban en la luz tenue.

- Debe de haber sido un sueño -dije.
- No fue un sueño.
- Os llevo a la cama.
- ¿Por qué no podemos dormir contigo?

Las visitas nocturnas de las chicas se alargaron durante semanas, y yo las pasaba dormitando cada vez más profundamente que en la anterior, hasta que las visitas mismas adquirieron una calidad de ensueño. Llegó un punto en que, a veces, a la mañana siguiente, era solo la presencia de las niñas -sus cuerpecitos acurrucados contra el mío- la que me recordaba su aparición por la noche y lo que habían dicho.

Después, las visitas cesaron igual que habían empezado: de repente y sin explicación. Me despertaba cada mañana en una cama vacía y el recuerdo de aquel tema se empezó a desvanecer. Nunca les pregunté a las chicas si las pesadillas habían cesado. Seguramente sí. De otro modo, ¿por qué iban a cesar las visitas? Tampoco les pregunté por qué habían empezado precisamente nueve largos meses después del accidente. Mandé esos pensamientos al fondo de mi subconsciente, asumiendo que no significaba nada, que todo había seguido su curso.

Ha sido solo esta mañana, cuando Marian se ha pasado con tarjetas de mermelada y lágrimas en los ojos, y las chicas me han contado lo de Black Mamba, cuando he recordado, en una ráfaga, aquellas serenatas a la luz de la luna de hace un mes: las voces y los ojos muertos de las chicas, las cosas que habían dicho, han hecho eco en mi cabeza como un leitmotiv; como cuerdas que plañen y vibran mucho tiempo después de haberlas pulsado.

## Julia

He venido a la casa no porque quisiera, sino porque él me lo ha pedido. Es la Hart House, la número 4 de Allington Square, en Londres: la casa donde crecí. Durante un tiempo la amé, como

todos la amamos, y parte de mí aún lo hace. Mis recuerdos más felices están conectados a esta casa, así como los más aterradores, lo que viene a ser, para los de mi profesión, una «respuesta emocional compleja». En todas las habitaciones, las paredes son claras y vacías, pero tienen, en mi recuerdo, la huella de mil sonrisas. Son un palimpsesto de todos los cumpleaños que he celebrado en su interior; casi cien, de al menos siete personas.

Dos de esas personas ahora están muertas. También las veo en estas paredes.

Alfie abre la puerta principal con una suave sonrisa.

«Hermoso, de una forma masculina». Es lo que pensé de él cuando lo conocí, hace ya casi una década. Ahora es hermoso pero deteriorado, con líneas en la cara, el pelo arenoso enmarañado y tupido. Parece más canoso que antes, pero no por la madurez, sino por los hechos traumáticos vividos. No lo juzgo. Yo también tengo una pinta horrorosa, o al menos asumo que la tengo. No me he mirado en un espejo como es debido desde el accidente.

–Gracias por venir –dice, agarrando mi abrigo. Aun es un caballero, creo, incluso después de todo lo sucedido.

«No, más aún», me doy cuenta con tristeza. No era así cuando Pippa vivía. Cuando venía de visita, Alfie ni siquiera apartaba la vista de la tele. Se limitaba a gritar mi nombre alegremente desde su puesto, tumbado en el sofá con una melliza bajo cada uno de los fornidos brazos, y a poner la mejilla para que le diera un beso. Ahora, veo cómo dobla mi bufanda antes de colocarla con cuidado sobre la barandilla, y su ternura es difícil de resistir. Pasamos a la cocina y me distraigo mirando los últimos dibujos de las niñas, sujetados por imanes en la nevera.

–Están en la cama –le oigo decir.

Asiento sin volverme. Sylvie ha dibujado un torbellino de pétalos que caen, con contornos de un negro rotundo e interiores suavemente difuminados. Cassia ha dibujado cristales azules, fríos y transparentes. Los nombres de las niñas, abajo, en las esquinas, muestran una caligrafía que hace que me avergüence

de mis garabatos indescifrables. Paso la mano por el papel con reverencia.

Afuera ya ha anochecido, y hace frío en la cocina. Oigo el tintineo de las tazas, el movimiento del hervidor de agua. Alfie está preparando té. Normalmente, cuando estamos juntos bebemos –beber de verdad–, pero esta noche no. Hoy es primero de mes, como el día del accidente. Beber vino sería inapropiado, como suele pasar cuando más lo necesitas.

Supongo que lo necesita. Quizá solo estoy proyectando. Debería intentar averiguarlo.

–¿Cómo estás? –le pregunto, sin volver la cabeza.

–Bien –responde, hablándole al fregadero.

Su voz es inexpresiva, ilegible, pero no discuto. Por lo que sé podría ser cierto, al menos la mayoría de los días. Yo también me encuentro bien la mayor parte del tiempo. La angustia por fin ha aflojado. Sé instintivamente que lo peor para él es cuando estoy cerca, como yo estoy en mi peor momento cuando me invita a la Hart House.

Sirve el té en mi taza favorita, la negra salpicada de estrellas, y nos sentamos a la mesa. Las estrellas solo aparecen cuando la taza está caliente; para cuando la mitad, más o menos, se hayan esfumado, puedes beber sin quemarte.

–¿Cómo estás? –desvía la conversación al fin, jugueteando con el asa de su taza, que parece diminuta contra la envergadura de su palma y sus dedos. Alfie es un hombre grande; y también inteligente, y de voz suave.

–Bien también, supongo. Me mantengo ocupada.

Asiente, con firmeza. Algo le ronda en la cabeza, algo que me quiere decir. Esta no ha sido una invitación rutinaria. Lo noté al teléfono esta tarde; algo en su voz –sin aliento, entrecortada– me pareció extraño.

–¿En la clínica?

–Ajá –digo–. Por fin vuelvo a tener la agenda llena, más o menos.

Tras el accidente, no pude trabajar durante meses. Me tomé una baja larga, que solo empeoró las cosas. Necesitaba trabajar

y necesitaba terapia, pero, dada la naturaleza de mi trabajo, sentía que ambas opciones me estaban vetadas. Como en un resfriado, no había cura; solo podía esperar que pasara. Las cosas van mejor ahora, al menos un poquito. Puedo trabajar con mi dolor. Puedo hablar de él. Los demás pueden volver a darme el suyo.

Doy un sorbito al té para camuflar el silencio incómodo, y me quemo la lengua. Las estrellas brillan aún con furia. Debo entonar un mea culpa.

—¿Te han vuelto a llamar? —pregunto—. Quiero decir KCL, sobre volver.

Alfie siempre ha trabajado en universidades, desde que lo conozco.

—No, no —dice rápidamente—. No hay presión. Al menos este año.

Entonces, eso no es lo que lo tiene preocupado. Hago mi taza a un lado y hago lo que suelo hacer con los clientes recalcitrantes: me aguanto las ganas de llenar los huecos incómodos; uso el silencio en su contra.

Finalmente, se abre.

—Marian ha estado aquí esta mañana —dice, inseguro, y al fin empiezo a comprender su estado de ánimo.

«Mamá». Le toco la muñeca y asiento, solidarizándome. No se puede pedir una suegra más difícil, incluso en circunstancias más favorables; la quiero, pero eso hasta yo lo admito.

Hay algo más, por supuesto. Lo veo en su titubeo. Ha pasado algo malo o, como mínimo, preocupante. Pero no pienso presionarlo. Me lo dirá cuando esté listo.

Quedamos sentados en silencio, removiendo el té. Hoy hace diez meses de la muerte de mi hermana.

## Alfie

Julia me escudriña desde el otro lado de la mesa. Es una palabra extraña, escudriñar, pero es lo que siento. Es más invasivo

que mirar. Sus ojos de un azul grisáceo indagan, cuestionan. Tiene la pinta de un gato en guardia que puede dirigir las orejas hacia el ruido sin mover la cabeza. ¿Qué quiere de mí?

Quiere que siga hablando.

Ah, sí. Marian. Esta mañana.

Sorbo un poco de té negro y me quemo la lengua. Solo tenía- mos leche para uno, algo que nunca pasaba cuando Pippa vivía. O tal vez sí, y yo no me acuerdo, que es aún peor.

¿Por dónde empezar?

Con el timbre, que me despierta de un sueño pesado. Había estado dormitando delante de la tele, con las chicas, marinán- dose en tristeza. Mi tristeza, porque ellas no estaban ni más ni menos tristes de lo normal. ¿Por qué iban a estarlo? No sabían que hoy era primero de mes. O, si lo sabían, no significaba mu- cho para ellas. El sol siguió saliendo por la mañana y yo era aún el único progenitor que les quedaba. Para ellas, hoy era un día como cualquier otro. Es lo que me dije cuando me preguntaron si podían ver dibujos.

—Claro que podemos —les contesté.

Pero luego bajé mucho el volumen de la tele, como si hubiera un pariente enfermo en la sala, para que supieran que no todo estaba bien. Sin decir nada, se acurrucaron conmigo y miraron la tele casi muda mientras yo me adormecía, sintiéndome re- confortado por el calor de sus cuerpos pequeños y perfectos. Era primero de mes, no teníamos nada que hacer, y la persona más importante del mundo había muerto. Sentía que era inadecuado que pusieran dibujos en la tele.

Cuando sonó el timbre, no quería ir a abrir. No quería mover- me, ni pensar ni hablar, y no me importaba quién fuera. Pero volvió a sonar, penetrante e insistente, así que me limpié las babas de la barba, ordené la sala de estar y, por fin, abrí la puer- ta, con la esperanza de que quienquiera que fuera se hubiera rendido y se hubiera marchado.

Cuando me di cuenta de que era Marian, deseé haber espera- do aún más tiempo.

¿Debía decírselo a Julia? Estoy a punto de decírselo, pero luego cambio de opinión. Julia y Marian siempre han estado unidas. Quizá no sean afectuosas entre ellas. Pero están unidas.

Me limito a narrar los hechos puros y duros. Me guardo mis resentimientos.

Ahí estaba, sin aliento, en el umbral de la puerta, con las mejillas ateridas e irritadas por el aire frío y el cabello de canas incipientes alborotado y en punta. Envuelta en pieles negras, llevaba asida una cesta voluminosa, llena de tartaletas de mermelada deformes.

–La abuela está aquí –llamé débilmente a las mellizas, antes de decidir qué tipo de saludo usaría.

Retrocediendo hacia la oscuridad del vestíbulo, esperé que Marian me siguiera.

–Oh, Alfie –dijo, con voz temblorosa al atravesar el umbral e intentando encontrar mi mano. Habría sido casi enternecedor, si ella y Pippa no se hubieran detestado tan descaradamente en vida de Pippa.

La conduje diligentemente a la sala de estar. Antes del accidente, siempre escuchábamos el mismo comentario nostálgico cada vez que pisaba la tarima de madera de caoba, «Este cuarto estaba mucho más bonito con la moqueta», pero hoy nos lo perdonó. En cambio, simplemente fue tambaleándose desde la entrada para dejarse caer en el sofá, exhalando ruidosamente, con las extremidades extendidas como las plumas de un cuervo mojado. Es ruin, pero estaba agradecido de que ninguna de las mellizas hubiera respondido a mi llamada. Incluso cuando su abuela realizó el vistoso aterrizaje sobre el sofá, ellas siguieron con los ojos pegados al televisor.

–No te importa –me dijo, sin aliento, en forma de afirmación, no de pregunta– que me pase por la casa.

La casa. Es como siempre la había llamado Marian. No «vuestra casa», «la» casa. En vida de Pippa, no importaba. Era la casa familiar de Pip, después de todo, la casa en la que ella y Julia habían crecido. Pero ahora que ella no está, empieza a escocer.

Estábamos pagando por nuestros errores. Cuando Marian nos ofreció vendernos la Hart House, sabíamos cuál sería el precio, y podíamos haber dicho que no. Pero con dos niñas pequeñas y con trabajos que nos hacían sentir realizados, pero que no pagaban bien, era la única forma de podernos permitir vivir en Londres. Marian nos hizo un precio excelente y, a cambio, se pasaba por aquí siempre que le apetecía; nos hacía sentir como invitados en nuestra propia casa; criticaba cada pequeño cambio que hacíamos a la decoración. Nunca acordamos aquellas condiciones. Antes de la venta, todas eran tácitas. Aun así, nunca nos quejamos. Ya sabíamos cómo era Marian cuando firmamos el contrato. No nos sentimos engañados.

En todo caso, era lo opuesto: la culpa era toda nuestra y picaba especialmente cuando Marian nos recordaba, siempre con lágrimas en los ojos, la razón por la que se había visto forzada a vendernos su amado hogar. Marian había enviudado antes de tener cuarenta años y había sufrido un ataque cerebral a los cincuenta, lo que la dejó fastidiada por dolores de cabeza, dolor en las articulaciones y fatiga crónica. Sus dos hijas se habían ido del nido. Cuando Sue, su cuñada, que había estado sola durante años, le ofreció su compañía, Marian sintió que no tenía otra opción que aceptarla.

La taza de Julia por fin se está enfriando. La sostiene, escondiendo unas cuantas estrellas tercas, y empieza a beber con avidez. No por primera vez, siento el impulso de confiar en ella, de explicarle cómo la negativa de Marian a admitir que la Hart House ya no es suya empieza a molestarme. Cuando Pippa vivía, sentía que era mi hogar porque ella también lo sentía. Pero ahora cada «la» que salía de la boca de Marian me hacía sentir incómodo. Como si fuera un intruso. Como si tuviera que hacer las maletas y largarme.

¿Qué diría Julia de aquello?

«Desde el otro lado de la mesa de la cocina me agarraría la mano y me la apretaría. Me diría que estaba siendo bobo, incluso paranoico».

Sí. Pero ¿qué estaría pensando?

«Que la Hart House era su herencia. Que Pippa y yo la adquirimos por una insignificancia. Que no era legítimamente mía. Que nunca lo sería».

Eso también es paranoico, soy consciente. Julia nunca pensaría de ese modo. Por una parte, a las chicas siempre les había encantado la Hart House —quizá incluso más que a ninguno de nosotros— y mi lugar está dondequiera que esté el suyo. Así y todo, me calmo y no le confío nada.

Marian, aún ignorada por las mellizas.

—¿Y bien? ¿Cómo están mis angelitos?

Exhausto y aburrido, hice lo correcto y manoseé el control remoto. Con la tele apagada, las mellizas le dieron toda su atención a Marian. La abrazaron, la besaron y le arrebataron la cesta de tartaletas de mermelada con mucha maña de los dedos ajados.

—Una ayudita para ti, querido Alfie. Lo debes estar pasando fatal.

Levanté la cesta fuera del alcance de las niñas.

—Gracias, no estamos tan mal.

—Philippa era una cocinera tan maravillosa —dijo Marian.

«Sí», pensé, con las tartaletas volando hacia un lugar seguro, «mayormente porque no fuiste tú quien la enseñó». Me vino a la mente una imagen de Pippa ahogando una sonrisa sarcástica que me dio ganas de llorar. Pippa siempre decía que su madre tenía poderes de bruja: Marian no solo quemaba todo lo que cocinaba, sino que tenía la perturbadora capacidad de hacer que los demás quemaran la comida también. A veces, sin previo aviso, aparecía en la puerta a la hora de cenar, alterando lo que Pippa estuviera cocinando en el momento crucial. Otras veces, telefoneaba a la hora del desayuno y entretenía a su hija justo el tiempo suficiente para que empezaran a salir remolinos de humo negro de la tostadora, cosa que hacía gritar a las mellizas. Curiosamente, en cambio, las tartaletas tenían buena pinta. Tentadora incluso.

–Susan me ha ayudado tanto –dijo Marian, revelando el verdadero origen de las tartaletas, y justo después se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas, desdibujando sus iris en un tono acuoso y fantasmal.

–Todos. Todos han sido tan amables...

–Estoy seguro.

Casi podía oír sus voces: «Pobre Marian... Su hija, muerta tan joven... Y después de perder a Eric también... Es tan horrible... Oh, sí, no hay palabras... Pobre Marian... Ay, sí, pobre Marian...».

Pobre Marian. Las pieles negras y las lágrimas eran un mero residuo de la impresión que había dado hace diez meses, en el funeral de Pippa. Como un actor enmascarado representando un personaje de una alegoría moral –lamentaciones, tristeza, desesperanza–, Marian había temblado y se había balanceado, de pies a cabeza en tela de un negro intenso. Cuando intenté pronunciar el panegírico, este se vio ahogado por el peso de sus lamentos. La iglesia era demasiado pequeña. No cabía la aflicción de nadie más.

–Ojo, que no son una comida –continuó–, son una merienda, las tartaletas.

–Sí.

–Mis chicas están haciendo sus buenas comidas principales, ¿verdad?

«La casa. Mis chicas». Respiré profundamente y me recordé que todo estaba en mi cabeza.

–Por supuesto que sí –dije.

–Por supuesto que sí... –Marian repitió las palabras murmurando, como si apenas fuera consciente de su significado. Aún respiraba de forma irregular, pero había reprimido las lágrimas y sus ojos volvían a estar transparentes y centrados. Su mirada se deslizó silenciosamente por las pilas de libros que yo había construido a toda prisa, y se posó en el polvo que se había desplazado.

–¿Y la limpieza?

–Todo bajo control –mentí–. Voy a pasar la aspiradora esta tarde.

Por fin exhaló de forma normal y se relajó en el sofá, cerrando los ojos y asintiendo a modo de aprobación.

–Pondré el hervidor al fuego –dije.

Al oírlo, volvió a abrir los ojos de repente y, al instante, se volvieron a llenar de lágrimas. Atrajo a las mellizas hacia sí.

–Si te pudiera ver ahora... Me refiero a Philippa. Estaría tan orgullosa de vosotros tres. Lo sé.

«Pippa odiaba que la llamaran Philippa, y te odiaba a ti», pensé.

–Gracias, Marian –contesté.

A Julia se le ha acabado el té. O está frío. En cualquier caso, ha dejado de beber y su expresión es rígida y tensa, cosa que me confunde. No he dejado de hablar de la visita de su madre durante unos buenos diez minutos, evitando delicadamente la crítica feroz, indicando solo atisbos de fastidio. Un modelo de diplomacia, o eso me pareció. La cara de ella sugiere lo contrario.

–¿Qué pasa?

–Nada –dice–. Es solo que... –Duda–. No entiendo, eso es todo. ¿Por qué me has pedido que viniera?

–Oh –digo–. ¿Necesito un motivo?

Debo parecer alicaído, destrozado incluso, porque ella se retracta a toda prisa.

–Por supuesto que no –dice, antes de bajar la voz, supongo que para no despertar a las niñas–. Lo siento, no quería...

–No pasa nada.

Escudriña mi rostro en busca de algo.

–Es que sé que hay un problema. Lo oí cuando llamaste. No dores la píldora, por favor. Dímelo. –Ahora parece seria, como si se estuviera preparando–. ¿Qué ha hecho?

–¿Quién? ¿Marian? Oh, Dios. Nada de nada. Fue solo... –Intento buscar las palabras correctas–. Las tartaletas.

Julia levanta mucho las cejas.

–¿Las tartaletas?

Tan pronto como Marian se marchó, todos los ojos se posaron sobre ellas. Las mellizas acaban apenas de cumplir siete años y miden poco más de uno veinte. El estante más alto de la cocina, donde he colocado la cesta, sigue, por ahora, justo fuera de su alcance.

–¿Papi?

–¿Sí?

Las mellizas se miran entre sí, que es todo lo que necesitan para sincronizar el habla de ambas y, al parecer, sus pensamientos.

–¿Podemos comernos una ahora?

–No –dije, naturalmente.

Era casi la hora del almuerzo. Pero entonces pensé en lo buenas que fueron con Marian, y cuánto las quería, y que su madre había muerto, y cedí.

–Vale, de acuerdo. Pero solo una.

–¿Cada una?

Me volví y alcancé el estante mágico.

–Una cada una.

–Una cada una, y una para Black Mamba.

Ahí estaba. Nunca había oído ese nombre antes en mi vida y, como estaba de espaldas, no tenía ni idea de cuál de las niñas lo había dicho.

Me volví hacia ellas.

–¿Una para quién?

–Para Black Mamba.

Esta vez las mellizas volvieron a hablar al mismo tiempo, al unísono casi perfecto, como han hecho desde que eran pequeñas. Pippa y yo estábamos acostumbrados. Solo los desconocidos lo encontraban inquietante.

–¿Qué? –dije, despacio–, ¿como la serpiente?

Asintieron sonriendo.

–Es nuestro amigo –dijo Sylvie.

–Tú no lo puedes ver –dijo Cassia–, porque él no quiere que lo veas.

Ahora tenía la cesta en las manos; las palmas de las niñas se extendían en mi dirección. La petición de una tartaleta más para su amigo invisible flotaba en el aire. Le di una a cada una de ellas.

–Las serpientes no comen pastas –dije con firmeza, y besé sus cabecitas.

Sylvie parecía satisfecha, pero Cassia seguía con la palma levantada.

–¿Qué comen entonces?

Suspiré. La idea de admitir mi ignorancia y destrozar la preciosa ilusión de la omnisciencia de un padre se me hacía pesada a más no poder.

–De acuerdo pues –les dije, pensando de nuevo en que su madre había muerto y que poco más importaba–. Una para Black Mamba.

## Julia

–¿Black Mamba? –Las palabras suenan peculiares en mi boca. Exóticas pero familiares; extrañamente fuera de lugar.

–Sí. Miré dentro de sus mochilas. Han estado estudiando las serpientes en la escuela. Supongo que es un... amigo imaginario.

Alfie habla despacio. Su preocupación es palpable en cada respiración, pero se está imponiendo una especie de severidad. Se yergue más en la silla, y cruza con fuerza sus robustos brazos. Es culpa mía; no debí ser tan impaciente, preguntándole tan directamente por qué me había llamado.

«Estupendo –estará pensando–, no querías venir. No quieres ayudar. No hace falta que seas tan obvia».

–¿Me estás preguntando lo que pienso como tía? –digo–. ¿O quieres mi opinión profesional?

Se encoge de hombros.

–Cualquiera de ellas. Las dos.

Intento no suspirar. No sería productivo. Y, además, quizá tenga razón en estar molesto. Es cierto que me llamó, pero venir fue mi elección.

–Muchos niños tienen amigos imaginarios. Es una parte normal del juego.

Me inclino hacia delante, le aprieto la muñeca.

–Estoy segura de que es difícil verlas jugar de nuevo, ¿verdad?

Silencio. Y entonces, rígido, asiente. No está exactamente dejando sus vulnerabilidades al descubierto, pero al fin está abriéndose un poco.

–Comprendo –digo animada–. Lo veo a todas horas. Entre los padres con los que trabajo, los padres en duelo. Intentas con tanto afán animar a tus hijos, ayudarlos a que se recuperen, que cuando lo hacen, duele como lo que más. Lo entiendo. De verdad.

–Estoy seguro –dice, retirando la muñeca.

No hay nada que pueda decir ante eso. Sé que aún está enfadado conmigo por eludirlo cuando murió Pippa. Después del accidente, Alfie quiso que tratara a las niñas, y mamá me insistió en su nombre cada vez que la veía.

«Eres terapeuta familiar, por el amor de Dios. Has ayudado a cientos de niños. ¿Por qué no a tu propia sangre?».

Simplemente no podía. No se trataba de ética ni de mi bienestar personal. Incluso cuando me sentí lo suficientemente fuerte para empezar a ver a mis clientes de nuevo, me negué a tratar a mis sobrinas. Necesitaba mantenerlas, a ellas y a Alfie –y a la Hart House–, a distancia. Mamá no lo entendió, y yo nunca se lo he explicado. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Por dónde iba a empezar?

Alfie se frota la cara y suspira, relajando el cuerpo.

–Lo siento –dice al fin–. No es normal en ellas. Nunca han...

–¿Qué? ¿Tenido un amigo imaginario?

Hace una pausa, y luego dice, con decisión:

–Sí.

No debí lanzar la pregunta. Iba a decirme alguna otra cosa. La regla de oro con los clientes es dejarlos hablar; forzarlos a encontrar sus propias palabras.

–Nunca, jamás –continúa–. No es su estilo.

Noto que se me frunce el ceño. Debe de haber algo más que lo preocupa.

–Pero sí que jugaban a las mentirijillas, ¿no es verdad? Cuando eran más pequeñas.

–Ya sabes que sí. –Su tono no es de enfado propiamente. Solo frío–. Antes de que Pippa muriese.

«Ah –pienso–. ¿Era eso?».

Pippa.

A mi hermana siempre le encantó jugar a «tú eras esto o lo otro». Cuando tuvo a las niñas, le salía sin esfuerzo. Cierro los ojos y una serie de recuerdos –en imágenes estáticas– giran ante mí, como fotogramas de uno de los antiguos carretes de fotos de papá.

Clic. Ahí están Pippa y las mellizas, acucilladas en el patio tras la casa, jugando a las tenderas. Las niñas son diminutas, quizá de dos o tres años. El pelo rubio, en bucles, cubre sus cabezas como el glaseado de un pastel, y sus deditos rosados son un borrón congelado en un torbellino de movimiento, ocupados sirviendo verduras de goma a cambio de monedas de plástico.

Clic. Las niñas ahora han crecido, tendrán quizá unos cuatro o cinco años. Su pelo se ha oscurecido, se ha vuelto rebelde y no está cepillado. Y ahí está Pippa, sonriéndoles, tumbada en el Peter's Park, el pelo entremezclado con la hierba crecida. Unas alegres rayas de pintura adornan los tres rostros; lo recuerdo porque Pippa también me pintó la cara. Jugábamos a las Reinas del Amazonas, princesas guerreras, líderes de tribus.

Clic. Ahora las niñas son mayores aún, alrededor de los seis, y están dentro, en la cocina, donde Alfie y yo estamos sentados en este mismo momento. Hay un peluche acostado sobre la mesa de la cocina, un oso polar blanco, y las chicas llevan abrigos gruesos, forrados de piel, con las capuchas puestas. Pippa tiene un cuenco de agua en las manos y un paño húmedo. Son científicas –lo recuerdo de repente–, científicas en una expedición al Ártico, asistiendo a un oso herido.

Casi se me saltan las lágrimas cuando la cámara de mi imaginación vuelve con su runrún. Sé cuál será la imagen final: la última vez que Pippa jugó a hacer cosas de mentirijillas, solo momentos antes del accidente. Quiero verlo. No quiero verlo. Quiero verlo.

Clic.

—¿Tita Julia?

Abro los ojos de golpe y oigo pies en la escalera. «Lo siento», le digo a Alfie solo moviendo los labios, y él se encoge de hombros. Lo sabía: mi voz ha despertado a las niñas.

Nos levantamos abruptamente, arrastrando las sillas contra el suelo de la cocina. Sylvie y Cassia entran corriendo, aún en pijama: de una pieza e idénticos, que ya les quedan pequeños. De algodón azul salpicado de corderitos retozando; regalo de mi madre en navidades.

—¡Tita Julia!

Nos acurrucamos y siento el calor remanente de sus camas. Las chicas parecen más grandes que la última vez que las abracé, y me envuelve una culpa predecible. Aun así, es un abrazo maravilloso.

Sylvie es la primera que se separa.

—¿Qué haces aquí?

Su cara también está diferente. Parte de las pecas se han atenuado, y ha perdido algo de esa grasa de nenita, cosa que le afina las mejillas. Aparte del pelo rubio, las chicas nunca se han parecido mucho a Alfie, pero conforme crecen, más se parecen a su madre; más se parecen a mí.

—He venido a ver a vuestro padre.

Sylvie se atusa el cabello y carraspea.

—¿A él? ¿Y qué hay de nosotras?

—Te hemos echado de menos.

La voz de Cassia suena amable. Ella no me suelta, pero afloja el abrazo y echa la cabeza hacia atrás hasta que sus ojos azules tan transparentes se cruzan con los míos. Cuando las mellizas eran pequeñas y Sylvie lloraba sin parar, siempre retorciéndose-

se, como si el cuerpecito le quemara y le picara, Cassia fue la salvación de Pippa. Era tan plácida, tan callada y quietecita. Incluso cuando pasó la edad terrible de los dos años y Sylvie se había relajado, las dos reputaciones quedaron marcadas. Cassia era la tranquila, la roca de Pippa; Sylvie era la revoltosa a quien Alfie consentía. Yo siempre he intentado tratarlas de forma igualitaria.

–Lo siento. Iba a ver cómo estabais, lo prometo.

Cassia deja que me escape de su abrazo. Las cojo a las dos de la mano con firmeza.

–Venga. Volvamos a la cama.

Las chicas asienten, mordiéndose las puntas de sus cabellos rubios despeinados. Las miro con atención, pero nada en sus expresiones o comportamiento parece inusual, nada que me ayude a comprender la preocupación de su padre. Las guío escalera arriba y Alfie nos sigue, como una sombra; grande y torpe, no encaja con nosotras tres ni parece que quiera hacerlo. Oigo su respiración suave detrás de mí y los pelos del brazo se me ponen como escarpías.

La Hart House es lo suficientemente grande para que las mellizas tengan una habitación propia cada una, pero siempre la han compartido y dicen que siempre la compartirán. Su habitación está en el primer piso; es la que yo compartía con mi melliza cuando éramos pequeñas.

Pippa. No tiene sentido comparar mi pérdida con la de Alfie, pero sí que es diferente. El vínculo entre mellizos no es un mito, y perder a la mía es una capa de dolor que él no puede ver. Abro la puerta de la habitación y la mirada se me va, al instante, a la amplia ventana y su vista al exterior, que no ha cambiado desde el día en que me fui. El Peter's Park tiene una densidad de árboles que, desde esta altura, ocultan las flores de la vista: sicómoros y pesados magnolios y, apenas discernibles en el extremo más alejado del parque, los castaños de indias rojos bajo los que Pippa cayó enferma. Camino rápido hacia la ventana que, noto al instante con sorpresa, alguien ha dejado entreabierta. La luz

de la luna entra a raudales; las copas de los árboles se balancean en la brisa nocturna. Miro a las niñas.

—¿Habéis abierto esto?

Niegan con la cabeza, observándome en silencio mientras cierro y corro las cortinas. Luego las acompaño de vuelta a la cama y les subo la colcha hasta la barbilla. Los remolinos azules del edredón ondulan mientras se acomodan formando su nido. Alfie está sentado en un lado de la cama, yo en el otro. No me siento extraña arropándolas; lo he hecho antes, mil veces. Cuando eran pequeñas, era la canguro jefe. Las niñas venían a quedarse conmigo y mi madre, cuando todavía vivía aquí con ella; se quedaban dormidas en esta misma habitación. Pero arroparlas junto con Alfie, en el lugar de mi hermana... Beso a las niñas en la cabeza. Su pelo también huele diferente. Antes tenía el aroma de flores aplastadas; ahora huele a champú barato. Alfie no va mal de dinero, solo que no sabe lo suficiente, así que este es otro daño colateral del accidente, aunque menor. Estoy segura de que las niñas no se han dado ni cuenta.

Comparten una cama de matrimonio, la misma que yo compartía con Pippa cuando éramos pequeñas. Al igual que nunca han querido habitaciones separadas, tampoco han querido camas individuales. Enciendo la lámpara de la mesilla, que ilumina las caras de las niñas con luz de un suave ámbar filtrado por la tela de la pantalla. Hace que su pelo parezca oscuro y brillante a la vez, como cordones de negro y oro entrelazados, y las paredes de la habitación, repletas de dibujos y bocetos de las niñas, se tiñen de un tenue fulgor naranja, como si los cuatro estuviéramos acurrucados en una cueva iluminada por un fuego, con grabados primitivos a nuestro alrededor como si fuéramos una familia de la Edad de Piedra.

Debería esperar hasta mañana para preguntarle. Cuando las condiciones mejoren; cuando estemos todos menos cansados. Pero la ventana abierta me ha puesto nerviosa y Alfie, a juzgar por su respiración superficial, está aún atacado. Así que aplano la ropa de cama sobre las pequeñas y sonrío de forma implaca-

ble. Activo mi cara de póquer en modo juego: tía y terapeuta firme, todo en uno.

–Y bien –digo–, vuestro padre me dice que habéis hecho un amigo.

Los ojos de las mellizas son inescrutables. Sonríó más aún y continuó.

–Black Mamba. Contadme qué tal.

Se miran entre ellas. Para consultarse, las mellizas no necesitan hablar. Una mirada es siempre suficiente. Incluso cuando eran muy pequeñas, las decisiones sobre con qué juguetes jugar, con qué niños sentarse, si se quedaban en un cuarto o salían, si cumplían con una petición o se resistían, todo se podía hacer a través de una rápida mirada.

–¿Qué quieres saber? –responden al unísono.

–Bueno, es una serpiente, ¿no? Una serpiente que silba y cu-lebrea.

Sonríen y asienten, disfrutando de que me ponga juguetona.

Frunzo el ceño de forma exagerada y me esfuerzo por mantener un tono de voz suave.

–¿Sabe hablar?

–Puede hablar con nosotras –dice Sylvie enseguida–. Habla sin mover los labios.

–Entonces es listo. ¿Y cómo es que entró en la casa?

Sylvie parpadea, como dudando. Se vuelve hacia su hermana.

–Chica, por la puerta, claro –dice Cassia en voz baja. La boca se le contrae ligeramente, como si se estuviera riendo de su propia broma privada.

–¿Y no por la ventana?

–Por supuesto que no –dice, aún con esa sonrisa de satisfacción.

–Por supuesto que no –repito–. Qué boba soy. Parece un amigo interesante. Aunque...

Muevo la cabeza y enfurruño el rostro, como si de repente me invadiera la preocupación.

–¿Qué? ¿Qué?

–Bueno, que es una serpiente. Y las serpientes pueden dar miedo. ¿No le tenéis miedo?

Sin dudar, niegan con la cabeza.

–Nos gusta. Y nosotras le gustamos a él. Se quiere quedar.

–Ah, entonces, ¿está aquí ahora?

–Sí.

–Pero es hora de acostarse. ¿No creéis que es hora de que se vaya?

Se vuelven hacia Alfie.

–¿No puede quedarse, papá?

Quizá sea mi imaginación, pero creo que he oído un cambio en la voz de Sylvie; de repente suena más aguda, más como de criatura. El problema nunca es que los padres tengan una favorita, el problema es que sus hijos lo saben.

Alfie no contesta, así que apago la luz de la mesilla y vuelvo a besar a la niñas.

–Buenas noches, ángeles.

Él se inclina y las besa también.

–Que durmáis bien.

Nos dirigimos a la puerta.

–Por favor, papá –reclama Sylvie a oscuras–. ¿Se puede quedar? Solo un poquito. Como una fiesta de pijamas con un amigo.

«Eso es. Ya lo tengo», pienso al instante. Eso es lo que se me escapaba. El origen del desasosiego de Alfie.

–Desde luego –responde en un susurro–. Si es amigo vuestro es amigo mío. Se puede quedar tanto como queráis.

Alcanza el pomo para cerrar la puerta.

–Dulces sueños.

Tan pronto como la puerta queda cerrada, lo digo en alto:

–No es el hecho de que sea imaginario, ¿verdad? Es el hecho de que sea un amigo.

Alfie se ríe sin entusiasmo y asiente.

–Estúpido, ¿no?

Las niñas nunca han tenido amigos, en realidad. Raras veces las invitan a fiestas de cumpleaños o a fiestas de pijamas. Siem-

pre han sido una isla, no se han interesado en nadie excepto la una en la otra. Mientras que Pippa y yo siempre deseamos, desde épocas tempranas, tener una vida más allá de nosotras dos, parece que Sylvie y Cassia nunca han tenido esa necesidad. Pippa las amaba más que a nada, y ellas la amaban también, pero ellas siempre se quisieron más entre ellas.

—Así son ellas, Julieta —solía decir, como en un sueño, si alguna vez le hablaba de ello—. Son más iguales de lo que tú y yo fuimos jamás. Son dos mitades de un todo. Son dos personas y una sola persona a la vez.

Y ahora tienen un amigo.

—¿He hecho bien?

Nos estamos retirando por la escalera, en silencio; yo más en silencio que él. Después de todos estos años, aún recuerdo cada uno de los tablones que crujen.

—¿A qué te refieres?

—A Black Mamba. ¿Hice bien en decir que se podía quedar? ¿Debería seguirles la corriente?

Llego al final de la escalera, me doy la vuelta y encuentro a Alfie parado, tres peldaños más arriba, con un brazo apoyado en la barandilla.

—Claro. No veo ningún problema.

Con el brazo libre, se pasa los dedos por el cabello color arena.

—¿Qué comen las serpientes, a todo esto?

—Son carnívoras, pequeños mamíferos y cosas así.

Cojo mi bolsa de la cocina, y regreso al vestíbulo por el resto de mis cosas.

—Gracias por el té —digo, poniéndome el abrigo.

Él está aún junto a la barandilla, pero ahora mira a las paredes, como embebido en sus pensamientos, vagamente consciente de que aún estoy aquí. Me pongo la bufanda. Sé que no nos veremos otra vez durante un tiempo, al menos unas semanas. Siempre lo pasamos mal cuando nos vemos. Quizá no nos veamos hasta el mes que viene. Hasta el día uno.

–¿Te vas? –De repente, despierta de su ensoñación. Noto una especie de urgencia en su voz que me perturba—. Hay algo más. Yo ya me he vuelto para irme.

–Probablemente no es nada.

De alguna forma, no sé bien cómo, percibo lo que va a decir.

–Esto no es lo primero extraño que han dicho. Hará un mes, pasaron por una fase de tener pesadillas.

–¿Pesadillas? –La adrenalina me sube la voz, pero la mantengo firme, casi.

–Sí. –Se hace un silencio largo y denso—. Decían que había un hombre en su habitación.

Ahí está.

–Pero seguro que tienes razón, no es nada –digo—, tengo que irme.

–¿Julia?

La voz de Alfie se vuelve más aguda, con confusión y preocupación, pero yo ya he salido por la puerta y noto el aire frío de la noche. El portazo suena detrás de mí, dejando un eco en la plaza. Me apresuro hacia el coche, con la mente en vilo. «No voy a volver jamás», pienso, aunque sé que voy a volver. Ahora tengo que hacerlo.

Abro la puerta del coche y me dejo caer adentro. Hace más frío afuera, pero el frío de dentro es más desagradable: rancio y estancado.

–Oh, Dios –gimoteo, apoyándome en el volante—, oh, Dios, Dios.

Está volviendo a pasar.